tos, la hiedra y los líquenes les comunican belleza, miéntras que los rayos de luz, atravesando débilmente el espeso follaje de los fresnos, cuyas ramas proyectan una densa sombra sobre todos los objetos, contribuyen poderosamente á hermosear el conjunto de la pintoresca ruina.

Hemos comenzado nuestra excursion por la costa Sur desde los antiguos puertos de donde partió la primera flota inglesa, y en ninguna parte podemos terminarla mejor que en Portsmouth. Entre nosotros y la isla gris situada al sur han anclado las más hermosas escuadras del mundo y los más poderosos buques acorazados de Inglaterra; aquí han entrado y de aquí han salido los más célebres héroes de la armada inglesa. En este punto tenemos á la vista el buque que se puede considerar como el más noble emblema del poderío de la Gran Bretaña en el mar. El 14 de setiembre de 1805 Lord Nelson izó su pabellon una vez más á bordo de la *Victoria*, anclada en este puerto, y al dia siguiente se hizo á la vela para España, acompañado sólo de una fragata; «tal era su deseo de que fuera más señalado el lugar de su futura gloria.» En ménos de tres meses, el mismo buque, cuyo nombre debia asociarse ya siempre con el del almirante, volvió á Portsmouth conduciendo el cadáver del héroe; y así como el caballo del jefe indio que muere no debe ser montado por ningun otro y se le encierra en la tumba del guerrero, del mismo modo ningun otro pabellon debe flotar en el mástil que ostentó la divisa de Lord Nelson en todos los mares. El buque, que habia estado en comision cuarenta dias cuando se libró el combate de Trafalgar, volvió al puerto y fué desarbolado poco despues; pero ahora se han vuelto á colocar los cañones en el *Victoria*.

Cuando Maclise necesitó sacar una copia de ellos para pintar su fresco «La muerte de Nelson», aún se hallaban aquí, pero despues se sacaron de un depósito del arsenal de Woolwich para ponerlos nuevamente en las cubiertas, de donde nunca se debieron quitar.

El buque del héroe es su más grandioso monumento, así como el sitio donde murió el teatro de su más gloriosa victoria.

«Señor, exclamó Hardy momentos ántes de espirar Nelson, morís en medio del triunfo.» «¿Es cierto, Hardy? replicó el almirante sonriendo tristemente, pues ¡Dios sea loado!»

II

DESDE PORTSMOUTH AL CABO LIZARD

Completaremos nuestra excursion por la costa sur de Inglaterra recorriendo el trayecto comprendido entre Portsmouth y Lizard, eligiendo como punto de partida el *sanatorium* del condado de Hamp, Bournemouth, localidad enteramente nueva, y que por lo mismo carece de monumento alguno notable, no ofreciendo sus casas y edificios nada de particular que pueda atraer al que sólo va en busca de lo pintoresco. Segun las últimas estadísticas, Bournemouth cuenta ya, sin embargo, más de diez mil habitantes; y como los árboles van cediendo su lugar á las quintas de recreo y los campos se convierten en calles, la localidad perderá pronto ese aspecto solitario que tanto agradaba á los inválidos. A los pinares que rodean la bahía debe Bournemouth principalmente su fama, pues se oprimen de tal modo por efecto de su

abundancia, que le preservan muy bien de los vientos más frios; y por otra parte asegúrase que su aroma es muy benéfico y eficaz para curar afecciones del hígado. Sea de esto lo que fuere, los hombres de la facultad nos lo dirán; pero cualquiera puede reconocer por

Rocas cerca de Bournemouth

sí mismo, rompiendo una rama, cuán refrescante es la esencia de estos pinos. La especie de Escocia es realmente para Hamp lo que la de las Landas para Francia y el pino piedra para el Delta del Pó. En muchos parajes del condado hay extensos espacios cubiertos de casquijo ó de capas arenosas, demasiado cálidas y secas para que crezca la yerba ni planta alguna; pero en esos espacios el pino escocés prospera singularmente, alcanzando á veces

un desarrollo que no presentan estos árboles en ningun otro punto de la Bretaña; en algunos sitios alcanzan un tamaño gigantesco, como se puede ver aún en las mesetas del condado de Hamp. Las líneas de enormes pinos se prolongan en una extension que se pierde de vista, semejantes á interminables columnatas, sobrepuestas de una bóveda de oscuro follaje. Si algun lector quisiese formar idea del encanto que ofrecen los pinares de Hamp, lea el idilio en prosa «Mi jardin de invierno,» escrito por el Rdo. Kingsley.

Desde las orillas onduladas de la bahía de Christchurch, la línea de montañas se prolonga al oeste por el distrito conocido con el nombre de Isla de Purbeck; á decir verdad, no es una isla, pero como está separada por el agua á cierta distancia y presenta una configuracion especial, no deja de ser fundado semejante título, harto familiar para los amantes de la geología y de la arquitectura, porque de aquí se extrae el llamado mármol de Purbeck, una de las escasas rocas británicas cuyo material se empleaba por los constructores de la Edad media para las obras de estilo decorativo, siendo muy apreciado por sus buenas condiciones para el objeto. En rigor no se le puede dar el nombre de mármol propiamente dicho, pues la roca no ha sufrido ningun cambio ostensible desde que primeramente se consolidó; es simplemente caliza, no formada en el mar, sino en agua dulce, y revestida de conchas lacustres del género *Paludina*, todavía comun en las corrientes de agua del país. Su oscura superficie moteada, como recordarán todos los que han visto algunas catedrales inglesas, sobre todo las de Chichester ó Ely, en las que se empleó abundantemente para el decorado interior, tiene un aspecto magnífico; pero como el material no es muy duradero si no se elige y preserva cuidadosamente, siempre se debe emplear con mucha prudencia.

Lo más notable que hay en la isla de Purbeck es el castillo de Corfe, vasta y antiquísima ruina, que mucho ántes de serlo figuró notablemente en la historia. Coronando una escarpada colina, y aislada de la ciudad por un barranco, esta fortaleza no dejaba de ser formidable, como se puede reconocer aún por la maciza estructura de los restos. Unas torres redondas refuerzan el muro exterior, pero algunas de ellas, á causa del desgaste de los cimientos, se han desviado mucho de la línea vertical, lo cual no impedirá que se conserven mucho tiempo en una posicion estable, gracias á la solidez de la mampostería. La torre del vigía y varias dependencias interiores se reconocen aún bien, aunque están muy ruinosas; la parte más antigua data de la época de los normandos; pero debe advertirse que aquí hubo ya, hace más de novecientos años, un formidable castillo, á cuya puerta fué asesinado el rey sajon Eduardo, comunmente llamado el «Mártir», en cumplimiento de las órdenes de Elfrida, cuya memoria fué infamada, por haberse considerado aquel acto como «el más vil y traidor que cometieran los anglos desde su llegada al país de Bretaña.»

El jóven rey, que estaba cazando en las inmediaciones, habíase separado de sus compañeros para hacer una visita á su madrastra; esta le recibió muy bien, dirigiéndole las más afectuosas palabras, é invitóle á apearse, pero el monarca rehusó cortésmente; entónces, al levantar el brazo para acercar á sus labios una copa de vino que acababan de presentarle y que iba á beber á la salud de su madrastra, uno de los criados le hundió su daga en la espalda. El rey picó espuelas á su caballo, pero el golpe habia sido demasiado certero, y el infeliz cayó

de la silla, segun la tradicion, en el sitio mismo donde se halla ahora el puente que une el castillo con la ciudad. Más de dos siglos despues, el castillo de Corfe recibió un digno sucesor de Elfrida en la persona del rey Juan, que segun dicen dejó morir de hambre en los calabozos á varios de los principales nobles cogidos prisioneros en Poitiers. Más tarde, el rey destronado, Eduardo II, estuvo encerrado aquí algun tiempo ántes de ser conducido á Berkeley, donde debia encontrar la muerte. El castillo de Corfe tiene tambien la honra de haber sido defendido dos veces, con buen éxito, en favor del rey Cárlos: la esposa del gobernador, Lady Bankes, y sus dos hijas, que sólo tenian á sus órdenes algunas escasas fuerzas, resistieron á las tropas del Parlamento por espacio de seis semanas. En el sitio siguiente no hubo defensores tan celosos, y el castillo fué entregado traidoramente á Fairfax, entónces general del ejército agresor. Despues de esta rendicion las fortificaciones fueron demolidas en parte, y se ha dejado que lleguen á su actual estado ruinoso.

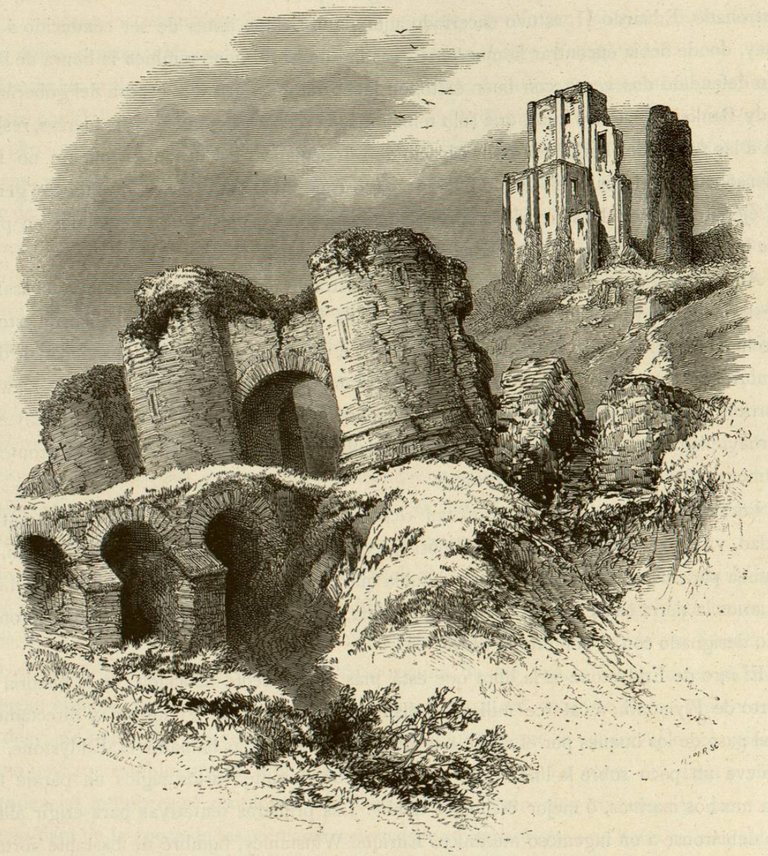
Ahora deberíamos interrumpir el órden de nuestra excursion por la costa sur para pasar por Western Dorset y los valles cubiertos de bosque de Devon, pero mejor es hablar de estos en otro lugar, y por lo tanto, alejándonos del rio Exe, que corre desde la antigua ciudad de dicho nombre por los prados y pendientes de Powderham; dejando atrás los jardines de Dawlish, las rocas de color rojizo de Teignmouth, las quintas de Torquay y las históricas playas de Torbay, llegamos al punto extremo del condado, deteniéndonos en su ciudad fronteriza, Plymouth, llave del ducado de Cornwall.

Pocas localidades de Bretaña son tan ricas en recuerdos históricos como esta antigua ciudad, y pocas ocupan tan envidiable posicion entre los estuarios del Tamar y del Plym, que se unen para formar la vasta extension líquida que llaman el mar de Plymouth. Entre dichos estuarios la tierra se eleva bruscamente y termina, sobre las aguas, en el escabroso promontorio designado con el nombre de Hoe.

El faro de Eddystone es la obra que está más íntimamente asociada con la historia del puerto de Plymonth; á catorce millas de distancia, en el mar de Plymouth, y directamente en el paso de los buques por el canal, hay un arrecife de rocas llamado el Eddystone, que se eleva un poco sobre la línea de la pleamar y fué durante varios siglos un paraje fatal para muchos marinos, ó mejor dicho su tumba. Las primeras tentativas para erigir allí un faro debiéronse á un ingenioso mecánico, Enrique Winstanley, hombre de bastante fortuna. Esta construccion, con muchos adornos, asemejábase algo á una pagoda. A pesar del estilo decorativo del edificio y de su aparente ligereza, el arquitecto manifestaba la mayor confianza respecto á su solidez, y con frecuencia expresó el deseo de permanecer en el faro durante la más furiosa tormenta. Desgraciadamente, su deseo se cumplió: una mañana del mes de noviembre de 1703, embarcóse para ir á inspeccionar las reparaciones de un desperfecto causado por una tempestad; avisáronle entónces que habia otro, pero no hizo caso y permaneció firme en su puesto. Llegada la noche, comenzó á soplar un violento huracan, y á la mañana siguiente no quedaba ya del faro más que un fragmento de cadena pendiente en la punta de una roca.

El segundo faro se construyó poco despues por Mr. Ruydard, comerciante de Lon-

dres. A fin de disminuir la fuerza de las olas y aumentar la resistencia del edificio, hizo la torre redonda en vez de poligonal, eligiendo para su obra madera muy fuerte. El éxito fué mucho mejor, pues aquel faro resistió las tempestades por espacio de cincuenta años; pero



Castillo de Corfe

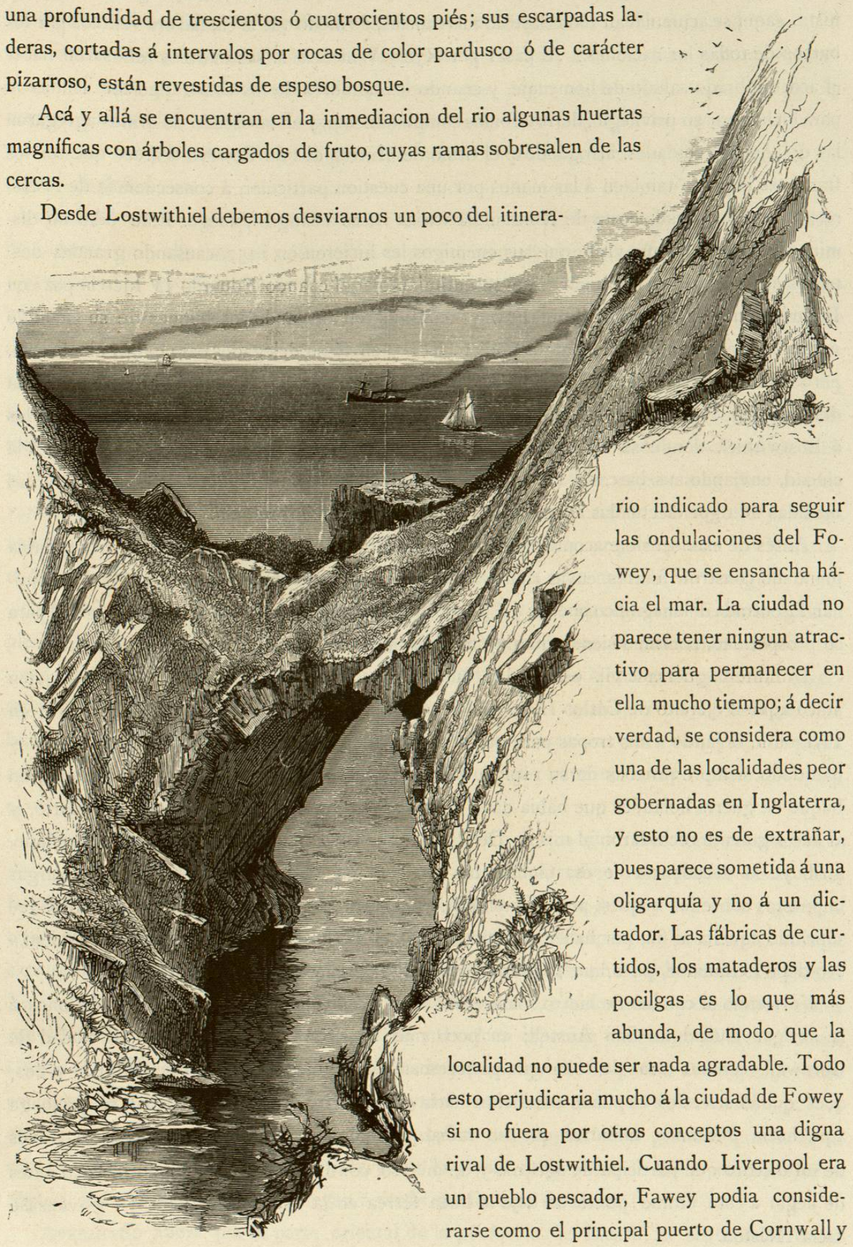
poco despues quedó destruido por el fuego. La construccion del faro actual comenzó poco despues bajo la direccion del célebre arquitecto Mr. Smeaton.

Siguiendo el itinerario que nos hemos propuesto llegamos muy pronto á la tierra de Cornwall, y el tren nos conduce á San German, con su antigua y hermosa iglesia; desde aquí pasamos á Liskeard, otra vetusta ciudad, agradablemente situada entre praderas y campos de trigo, cerca de los cuales elévanse peladas colinas de granito. De este modo el camino de hierro cruza por uno de los más deliciosos valles de Inglaterra, serpenteando lo mismo que la corriente de agua, y atraviesa por altos viaductos, al parecer de frágil construccion. Esta

parte del país está cruzada por numerosos valles muy estrechos, algunos de los cuales tienen una profundidad de trescientos ó cuatrocientos piés; sus escarpadas laderas, cortadas á intervalos por rocas de color pardusco ó de carácter pizarroso, están revestidas de espeso bosque.

Acá y allá se encuentran en la inmediacion del rio algunas huertas magníficas con árboles cargados de fruto, cuyas ramas sobresalen de las cercas.

Desde Lostwithiel debemos desviarnos un poco del itinerario indicado para seguir las ondulaciones del Fowey, que se ensancha hácia el mar. La ciudad no parece tener ningun atractivo para permanecer en ella mucho tiempo; á decir verdad, se considera como una de las localidades peor gobernadas en Inglaterra, y esto no es de extrañar, pues parece sometida á una oligarquía y no á un dictador. Las fábricas de curtidos, los mataderos y las pocilgas es lo que más abunda, de modo que la localidad no puede ser nada agradable. Todo esto perjudicaria mucho á la ciudad de Fowey si no fuera por otros conceptos una digna rival de Lostwithiel. Cuando Liverpool era un pueblo pescador, Fawey podia considerarse como el principal puerto de Cornwall y uno de los primeros de Inglaterra; proporcionó



La «Sarten del Diablo»